



TRADICIÓN Y *C*RISIS EN LAS
CIENCIAS DEL TEXTO

RELACIONES 71, VERANO 1997, VOL. XVIII

Herón Pérez Martínez
EL COLEGIO DE MICHOACÁN



RELUDIO

El siglo xx que está por concluir podrá ser identificado, por lo que hace a la cultura, como el siglo de las ciencias del texto. No sólo ha tenido lugar en él el nacimiento y desarrollo de la lingüística sino que, a la manera de un gran estallido o una especie de *Big Bang* lingüístico, han surgido en torno a ella movimientos, escuelas, ramas, disciplinas, teorías, metodologías, términos y conceptos en tal cantidad que se puede decir, sin exagerar, que el afán por el lenguaje ha provocado esta gran revolución cuyo producto más visible es ese conjunto de disciplinas que podríamos llamar las ciencias del texto, preconizadoras de un sorprendente y triunfal regreso de las humanidades al escenario general de las ciencias, en un siglo dominado de punta a punta por un espectacular y muy prestigiado universo altamente tecnologizado.

Impresiona, en efecto, que aunque reducido aún a una vaga etiqueta poco conocida y menos reconocida por los administradores de la actual episteme mexicana egresados de las tecnociencias, el cada vez menos usado vocablo "humanidades" no sólo se conserve como uno de los casilleros destinados a engafetar la ciencia mexicana contemporánea, sino que haya visto acrecentar su acervo y su prestigio a raíz tanto de su ingreso al ancho aunque muy ambiguo mundo de *Internet*, como del regreso con bombo y platillo de ciertos saberes, la retórica por ejemplo, desterrada durante los dos últimos siglos de nuestros santuarios científicos y hoy importante catalizador del gran acervo de conceptos, términos y metodologías de las "artes", las viejas ciencias del texto.

Gracias a la modernización de nuestras vías de acceso a las grandes bibliotecas, universidades y demás acervos de información mundiales, es posible vislumbrar no sólo un nuevo amanecer sino un nuevo día para las humanidades mexicanas. Empleado por lo general para designar otrora el sistema de conocimientos conocido en la educación grecorromana como las "artes liberales", hoy, revitalizado por muchas confluencias de factores que esperan un estudio serio, el vocablo "humanidades" incursiona con nuevo prestigio por sendas a las que tuvo siempre un acceso, si no vedado sí muy difícil. A saber, las nuevas ciencias del texto infiltradas en ese casillero híbrido llamado "ciencias de la co-

municación" tienen la posibilidad de concurrir con las ciencias del acervo positivista en una buena cantidad de proyectos.

Ello ha provocado que las ciencias del texto, las nuevas humanidades, sean el resultado de la confluencia de dos vertientes: una evolucionada informática hija de estos tiempos, por una parte, y una serie de elementos, por otra, que provenientes de la vieja tradición humanística de corte grecorromano, han concurrido desde los más remotos rincones de cultura. En todo caso, las nuevas humanidades, nuestras ciencias del texto, se ven hoy enriquecidas, muy enriquecidas, principalmente aunque no sólo, con el magno y muy variado acervo en conceptos, términos y métodos exhumados de la tradición humanística occidental, fuente principal del léxico de las nuevas humanidades.

Antonio García Berrio, en su libro *Formación de la teoría literaria moderna. La tópica horaciana en Europa*,¹ ha puesto de manifiesto, por ejemplo, cuánto y cómo los principales tópicos de la actual teoría literaria se edifican sobre las bases sentadas por la célebre *Carta a los Pisones* de Horacio. De cualquier modo, no es difícil mostrar las fuentes en que han bebido las humanidades hasta el día de hoy, al desembocar en las ciencias del texto. El resultado es que, gracias a la magna expansión sufrida por las humanidades, el perfil que del humanista nos ofrecen hoy estas nuevas humanidades difiere mucho del viejo perfil humanista; amén de que el nuevo humanismo pase momentos en crisis de identidad.

Mientras tanto, nuevos fenómenos se han sucedido en los terrenos humanísticos. Azuzadas por las alianzas entre el neopositivismo y las tecnociencias, se han empezado a oír voces emancipacionistas entre los cultivadores de ciertos territorios de nuestras humanidades acusándolas de colonialismo y postulando su liberación. Ello plantea, por consiguiente, el problema serio, arduo y viejo de la falta de originalidad de nuestras humanidades y del camino que habría que transitar para superarlo. Ese complejo de colonialismo, que tiene desde luego bases muy reales, se ha agudizado y reforzado con los contactos de nuestra academia humanística con la recién llegada cultura *Internet* y, sobre todo, con el vasto y complicado universo de las posmodernidades algunas de las cuales, como el postestructuralismo, el poscolonialismo y la ideología a

¹ Madrid, Editorial Planeta, 1977.

ellos subyacente de la deconstrucción, plantean la urgencia de liberaciones similares.

La ausencia de una verdadera historia literaria mexicana, en el sentido técnico que tiene hoy esta expresión, hizo el resto. Nuestro propósito aquí es reflexionar sobre estas graves cuestiones y, hurgando en nuestra rica tradición literaria, buscar los caminos que nos permitan al mismo tiempo que construir nuestra historia literaria, estar abiertos a las propuestas que el tiempo va haciendo a la vocación humanística de las letras mexicanas sin perder su identidad.

DE LAS HUMANIDADES A LAS CIENCIAS DEL TEXTO

El humanista de hoy, no es sólo alguien versado en las lenguas y las literaturas antiguas. El humanista de hoy es, sobre todo, el experto en las diferentes formas que se le reconocen a la textualidad; es el versado en las muchas y diferentes disciplinas que se ocupan de cultivar de manera especializada los diferentes campos en que se ha parcelado el universo del texto; es el perito en las múltiples y complejas metodologías para el análisis fino de los textos; es el enciclopedista práctico en las metodologías sobre genética del texto; es el diestro en los mecanismos de significación propios de cada uno de los diferentes tipos de textualidades; es el entendido en las relaciones de unas textualidades con otras y de unos estratos con otros dentro de una misma textualidad; es el ducho en las diferentes codificaciones y endurecimientos frásticos que funcionan en una cultura a nivel paradigmático; es el habilidoso en los distintos tipos de lenguajes que se superponen y que funcionan simultáneamente en las construcciones semióticas que llamamos textos, y cosas así. Con una vasta gama de saberes en su alforja, el humanista de hoy es un espíritu más erudito, más abierto, más libre, más creativo y, por todo ello, más culto en el sentido de versado en un cúmulo de conocimientos adquiridos en los diferentes dominios del saber.²

² Cfr. José A. Ibáñez-Martín, *Hacia una formación humanística. Objetivos de la educación en la sociedad científico-técnica*, Barcelona, Herder, 1975. Véase también Francisco Charmot, *La cabeza bien formada*, Buenos Aires, Difusión, 1952.

En la magna explosión que ha tenido lugar en los territorios de las humanidades proyectando al próximo milenio una imagen suya muy expandida en su ser y quehacer, han tenido que ver varios factores entre los que cabría enumerar: el referido nacimiento de la lingüística como ciencia autónoma y el enorme desarrollo que ha tenido durante este siglo xx que está por fenecer; la gran cantidad de disciplinas, escuelas, metodologías e intuiciones que en torno a la lingüística han surgido; la resurrección de viejas disciplinas muertas y enterradas provenientes del viejo sistema grecolatino de las artes como la poética y, sobre todo, la retórica; el resurgimiento de la poderosa herramienta conceptual y metodológica de las disciplinas redivivas, especialmente la mencionada, la retórica; las metamorfosis sufridas por la vieja poética; el interés de este siglo por las opiniones de los individuos; el desarrollo de ciencias híbridas como las de la comunicación a lomos del espectacular desarrollo tecnológico; el surgimiento de fecundas disciplinas que como la semiótica han puesto de manifiesto los ocultos mecanismos de la significación textual; factores como éstos han motivado que las humanidades constituyan hoy, en realidad, un magno conjunto de ciencias: las ciencias del texto.

El ejemplo más espectacular lo proporciona, sin duda, la nueva retórica que no sólo nos ha hecho recuperar la abundante y sólida herramienta conceptual-metodológica de la vieja disciplina, sino que ha alimentado disciplinas nuevas como la estilística y ha atraído la atención sobre la tópica. Seriamente afectada por el racionalismo asentado en la cultura occidental a partir del siglo xvii con Descartes, la retórica se vio desprestigiada y se fue reduciendo a un saco de mañas para la verbosidad hasta que desapareció a mediados del siglo xix de los programas de estudios de las instituciones prestigiadas. Los espíritus geométricos habían triunfado plenamente sobre los espíritus de fineza, para usar la distinción pascaliana.³

Sin embargo, como observa muy bien Jesús González Bedoya en su prólogo a la edición española del *Tratado de la argumentación*. La nueva retórica de Ch. Perelman/L. Olbrechts-Tyteca,

³ Blas Pascal, *Oeuvres Complètes*, París, Gallimard, 1954, p. 1091.

el auge de los medios de comunicación de masas y de la vida democrática en un creciente número de países explican los esfuerzos que se están realizando en la segunda mitad de este siglo desde múltiples direcciones para rehabilitar la retórica clásica como arte de persuasión [...] Aunque quizás demasiado lentamente, el pensamiento occidental de esta segunda mitad del siglo xx ha venido rehabilitando esta parte de la lógica aristotélica, que es necesaria, según Aristóteles, no sólo para la vida práctica (decisión, elección), sino para la fundamentación de los primeros principios del saber.⁴

Para darse una idea aproximada y apreciar, así sea de lejos, esta espectacular metamorfosis de las humanidades en las ciencias del texto, podría bastar, quizá, con echar una ojeada a alguno de los muchos diccionarios que se han hecho indispensables en esta multidisciplina de las actuales ciencias del texto. Este tipo de herramientas dan cuenta a la par que son síntoma de la necesidad de poner orden, introducir claridad y establecer una mínima sistematización interdisciplinaria en el caos terminológico-conceptual provocado por la explosión a que nos estamos refiriendo.

La consulta de alguno de ellos muestra en una sola ojeada la gran eclosión cultural y epistemológica manifestada en el enorme cúmulo de términos técnicos surgidos ya en torno a escuelas como la saussureana, la glosemática, la funcionalista, la distribucionalista, la generativista o la formalista; ya en torno a disciplinas y dominios, hoy parte de una lingüística muy expandida y evolucionada que, como la geolingüística, la sociolingüística, la psicolingüística, la teoría del discurso, la lingüística del texto, la teoría del diálogo, la semántica, la sintaxis, la lexicografía, la poética, la estilística, la retórica, la semiótica, la gramática, la estética de la recepción, la teoría de la enunciación, la intertextualidad, la narratología, la sociocrítica, la poetología, la literatura comparada, la sociología de la literatura, o la filosofía del lenguaje tienen por objeto de estudio del lenguaje en alguna de sus modalidades.

Incluso, como sucede en la semiótica greimasiana, hay disciplinas y escuelas que han generado bien nutridos diccionarios.⁵ En todo caso, el

⁴ Madrid, Gredos, 1989, p. 10.

⁵ Puede servir de ejemplo el *Nouveau dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, de Oswald Ducrot/Jean-Marie Schaeffer, Paris, Editions du Seuil, 1995.

conjunto de este estallido en el campo de las humanidades de hoy, las ciencias del texto, ha generado una gran cantidad de conceptos y términos la mayor parte de los cuales transitan libremente de un disciplina a otra, de un dominio a otro, por lo general sin pagar derechos de aduana, aunque otras veces sufran transformaciones tales que de monosémicos que eran, adquieran tales niveles de polisemia que causen serios problemas de incomunicación.

Todo este fenómeno, apenas pergeñado, ha puesto de manifiesto la condición en que se encuentran estas por lo demás florecientes disciplinas en países coloniales como el nuestro. Pues si bien nuestras ciencias están inmersas en una rica tradición y gozan de los beneficios del auge humanístico actual, en buena parte de sus dominios se encuentran gravemente enfermas y agobiadas no sólo por un serio enanismo sino por un infantilismo tal que las hace crónicamente subsidiarias y dependientes tanto de la tradición de Europa occidental, su proveedora principal, como de la ciencia norteamericana, su más cercana fuente de importación.

UNA GEOGRAFÍA CULTURAL TIPO NORTE-SUR

En efecto, este desarrollo de las ciencias del texto se ha dado bajo los signos de una geografía cultural tal que, a grandes rasgos, o coincide con la geografía político-económica o comparte con ella muchos de sus rasgos. Así, se puede decir que unos países y culturas juegan y han jugado el papel de productores creativos y exportadores, en cierta medida colonizadores, mientras que otros, como el nuestro, apenas han pasado de simples consumidores y colonizados. En orden decreciente, Europa occidental, Estados Unidos y Canadá, por ejemplo, han tenido y tienen un lugar como productores y exportadores en el ámbito de las ciencias del texto, mientras que otros, como nuestro país y, en general, los países de América Latina, son, en gran medida, más bien consumidores de términos, conceptos, metodologías y, en general, de herramienta de análisis de los textos. De tal manera que en nuestras humanidades parece prevalecer no sólo la dependencia sino, en alguna medida habría que precisar con estudios puntuales, la desnutrición y el subdesarrollo.

En un paradójico contraste con lo que pasa con nuestra creación literaria que se ha desarrollado hasta los niveles de las élites Nobel, la autonomía teórica de países como el nuestro en el campo de las ciencias del texto está anclada desde el siglo XVI en la fase de la traducción y sólo raras veces, casi cual excepciones que confirman la regla, en la fase de la producción de conocimientos: los libros que se consumen en los diferentes dominios de este campo son, por regla general, traducciones o, cuando mucho, investigaciones hechas con herramienta importada en su casi totalidad. Para convencernos de ello bastaría con echar una ojeada a las investigaciones producidas entre nosotros ya en el ámbito de lo que entre nosotros se llama "lingüística", ya en el vasto campo de los dominios de las ciencias de lo literario en los últimos años.

Pese a que es posible encontrar en esta bibliografía de nuestra "lingüística" cada vez más una buena cantidad de investigaciones originales que constituyen verdaderas aportaciones al acervo de saber de este ámbito epistemológico, se trata, en la mayor parte de los casos, de investigaciones que, por lo general, no parecen tener como referente una tradición original, producto de una reflexión: de recoger entre los frutos de la tierra las pisadas de los nuestros o de enfoques acordes con perspectivas más nuestras. Las mejores de ellas parecen contentarse con ser buenas exposiciones de teorías ajenas, comprobaciones, compilaciones, resúmenes, antologías panorámicas de las ciencias del texto euro-norteamericanas. En consecuencia, se puede decir que en contraste con los espectaculares desarrollos y éxitos tenidos por las actuales ciencias del texto en países política y económicamente desarrollados, la estatura de las mismas disciplinas entre nosotros es apenas la de una ciencia parásita, subsidiaria y dependiente, muy dependiente y, en todo caso, enana.

Dentro de las ciencias del texto, en cambio, entre nosotros se han cultivado con mucho más ahínco y rigor las que giran en torno al texto literario. No sólo nuestra literatura es mayor de edad, sino que en el ámbito de lo literario se ha sucedido ya desde finales del siglo XIX y, sobre todo, a lo largo de este siglo XX, una serie de movimientos intelectuales de una índole al menos no inferior a los que han alimentado la cultura europea de lo literario. Para poner un ejemplo, nos bastaría con citar ya al modernismo que fue por muchas razones nuestro, ya al Ateneo de la

Juventud, ya al grupo Contemporáneos, ya el grupo de Taller, ya en brote aquí y allá de revistas literarias en núcleos como Guadalajara, Monterrey y, desde luego, en la ciudad de México.

Así, han pasado a la memoria nacional y al haber de nuestra historia literaria las viejas revistas de la primera mitad del siglo xx como *Letras de México*, *Contemporáneos*, *Forma*, *Rueca*, *El hijo pródigo*, *Taller*, *Eos*, *Pan*, *Examen*, *Antena*, *Número* o aún el *Monterrey* de Alfonso Reyes. La segunda mitad del siglo ha proseguido con la tradición de las revistas literarias mediante una gran proliferación de revistas literarias de calidad, aunque la mayor parte de ellas de vida efímera, sólo que ahora no únicamente en la capital mexicana sino en muy diversos puntos del país como Puebla, Monterrey, Guadalajara, Morelia, León, Jalapa o Torreón.

Se puede decir, sin exagerar, que durante el siglo xx se trabajó desde varios frentes para construir nuestra historia literaria. El primero de ellos lo constituyen las diferentes antologías que de la poesía mexicana se han hecho. De ellas, cito a guisa de ejemplo tres: la *Antología de la poesía mexicana moderna*, aparecida en 1928, bajo el pie de imprenta de la editorial Contemporáneos y con un prólogo firmado por Jorge Cuesta; *Laurel. Antología de la poesía moderna en lengua española*, aparecida en 1941, fue publicada por la editorial Séneca con un prólogo de Xavier Villaurrutia a quien se sumaron, para la elaboración de la antología, Emilio Prados, Xavier Villaurrutia, Juan Gil Albert y Octavio Paz; finalmente, *Poesía en movimiento, México 1915-1966*, a cargo de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis, apareció en 1966 bajo el signo editorial de Siglo XXI. Una antología es, de hecho, el reconocimiento explícito de una tradición.

Otro frente importante en la construcción de nuestra historia literaria lo han constituido las investigaciones de rescate de la que se ha visto beneficiado nuestro riquísimo acervo novohispano tras la huella de los notables humanistas que fueron los hermanos Méndez Plancarte. En la construcción de la historia literaria de México ha desempeñado un papel brillante Octavio Paz. Amén de sus *Obras completas*, aún en proceso, el segundo tomo de *México en la obra de Octavio Paz* que lleva el significativo título de *Generaciones y semblanzas. Escritores y letras de México*,⁶

⁶ Edición de Octavio Paz y Luis Mario Schneider, México, FCE, 1987.

puede documentar parte de la obra llevada a cabo por Paz en pos de nuestra historia literaria. Quizá su obra estrella en ese camino sea su *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*.

Empero, desde el punto de vista teórico nuestra tradición humanística se ha visto afectada por una gravísima esquizofrenia que se muestra bien en el gafete aún en boga en la mayor parte de los programas de estudios: el área es designada como "lengua y literatura". El resultado es que en lo relativo a la literatura nuestras humanidades han avanzado hacia la mayoría de edad; no así los estudios lingüísticos que, en su mayor parte, o están hechos a imagen y semejanza y con el sello del descriptivismo norteamericano o yacen a la sombra de las teorías europeas en boga.

En todo caso, entre lengua y literatura sigue habiendo un abismo tal que aún no aparecen sobre el escenario de nuestras humanidades, a no ser como modas importadas, la gran cantidad de disciplinas que hoy ven al texto literario, de qué otra manera si no, como un hecho de lengua. En buena parte, pues, no sólo se puede decir que es el texto literario el que ha provocado el gran desarrollo que las ciencias del texto han tenido en el siglo xx, sino que el texto literario, la máxima expresión del desarrollo de una lengua, tendrá que ser el camino hacia unas humanidades correctamente libres. Es el texto literario el centro, después de todo, del rasgo distintivo de la mayoría de edad humanística: la crítica literaria.

LA CRÍTICA LITERARIA COMO LECTURA DE LA TRADICIÓN

En efecto, la crítica literaria merece un lugar muy importante no sólo porque, en relación a las demás actividades de que consta la ciencia del texto, es fundamental. La crítica literaria, a la par que síntoma, es el fundamento en esa titánica labor liberacionista de construir nuestra historia literaria y de, por tanto, definir los rasgos de nuestras tradiciones e identidad. La crítica literaria, en efecto, está a la base de nuestro futuro, muy futuro aún, acervo teórico-metodológico.

En México la crítica literaria propiamente dicha empieza a darse en el siglo xix y se consolida en el xx. Don Marcelino Menéndez y Pelayo,

que tantos juicios agrios vertió sobre nuestro barroco, tuvo razón cuando refiriéndose al siglo XVIII colonial en Lima y México decía lo que hacía falta en esas metrópolis "no era caudal de ciencia, sino crítica y gusto". Y Pedro Henríquez Ureña, el inmenso dominicano fundador de nuestras modernas ciencias del texto, al repasar los comienzos de nuestra crítica literaria en el México de principios del siglo XIX a varios respectos dice que, pese a la vasta cultura de los incipientes críticos, que era de "escaso gusto" y "pobrísimas en ideas".⁷ Mientras que Octavio Paz llega a decir con respecto a la estatura e índole de nuestra crítica:

si es verdad que en la América hispana no hemos tenido movimientos intelectuales comparables a los que han aparecido en Europa desde el siglo XVIII, no es menos cierto que sí hemos tenido pensadores que han reflexionado a veces con brillo y otras con hondura sobre nuestra historia, nuestra cultura y nuestras peculiaridades. Su punto de partida ha sido una doctrina europea pero sus conclusiones han sido, casi siempre, originales.⁸

Paz, por tanto, si bien no niega la existencia de críticos y de crítica en nuestras letras, señala que no han tenido la disciplina formativa de los movimientos literarios: lo que nos ha faltado, dice, han sido movimientos intelectuales comparables a los europeos. Quizá nuestra historia literaria, aún por hacerse, pudiera matizar una afirmación de ese calibre, como hemos dicho arriba. Pero el hecho mismo de que nuestra historia literaria esté por hacerse bastaría para dar, al menos en parte, la razón a Paz. Sobre estas conclusiones "originales", por lo demás no tan raras como da a entender Paz, y sobre las huellas de esta práctica, debe edificarse la república de nuestras humanidades.

Todo este estado de cosas ha provocado una toma de conciencia cada vez más aguda sobre el carácter aún subdesarrollado y muy colonial de vastos territorios en nuestras ciencias del texto. Nada extraño, entonces, que desde hace algunos años se hayan empezado a escuchar voces entre nuestros académicos de lo literario, sobre todo, llamando la

⁷ Pedro Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, Lecturas mexicanas primera serie núm. 65, México, FCE/SEP, 1984, p. 195.

⁸ Octavio Paz, *Pasión crítica*, Barcelona, Seix Barral, 1985.

atención sobre la mala conformación de nuestras ciencias del texto: en coloquios, congresos y demás reuniones de los profesionales de las ciencias del texto se hacen más frecuentes las voces que llaman ya a una urgente descolonización, ya a sacudirse el eurocentrismo reinante. Por lo general, esas voces han sido más parenéticas que analíticas: más parecidas a un discurso profético que a una reflexión creativa.

Por tanto, con ser muy grave el problema epistemológico que esta situación plantea, el inventario de nuestras ciencias del texto, así sea somero, no es ciertamente muy halagüeño: las repeticiones de las teorías de moda siguen superando, con mucho, a las lecturas de nuestra propia literatura. En nuestras instituciones literarias más importantes, por lo demás, aún no está sistematizada la crítica. Nuestra república de las letras es pasto indefenso de cuanta teoría aparece en el mercado: somos un país aprendiz de teorías mucho más que de lectores de nuestras tradiciones literarias.

Empero, a las voces de los profetas del texto que piden su independencia e invitan a sacudirse el dominio eurocentrista, habría que sumar las otras voces, hasta ahora raras y aisladas, voces clamando en el desierto, que postulan o hacen un balance de las posibilidades y condiciones de la tal emancipación. En todo caso, todo ello pone en la mesa de la discusión, en un primer plano, la tesis muy sabida en los corrillos de la filosofía de la ciencia, de la naturaleza tradicionalista de la ciencia en la medida en que la ciencia no es nunca una parcela casera sino, al fin de cuentas, una institución transnacional. A decir de Ilkka Niiniluoto en su libro *Is science progressive?*, en cualquiera de los territorios de la ciencia, la investigación científica gira en torno a la comunidad científica una de cuyas tareas más importantes consiste en avalar no sólo los métodos científicos sino el conocimiento científico por ellos producido en los procesos de investigación.⁹

Supuesta esta comunidad científica, ¿qué sentido podrían tener las voces emancipacionistas? Si la hermenéutica epistemológica siempre ha hincado sus raíces en la tradición, ¿cómo desconocer de repente esa tra-

⁹ Dordrecht Boston Lancaster, D. Reidel Publishing Company, 1983, pp. 2 y sig. La traducción es nuestra.

dición y pedir que nuestro ejercicio epistemológico tenga los rasgos de ciencia? ¿Con qué herramienta conceptual y metodológica podrá llevarse a cabo una investigación científica desligada de la matriz de la tradición? Más problemático, sin embargo, parece el entusiasmo irreflexivo de quienes piensan o parecen pensar que todo es asunto onomasiológico: pensar, a saber, que en un momento de optimismo se puede mandar todo a volar, “sacudirse el yugo”, y empezar por dejar de llamar al pan “pan” y al vino, “vino”. Ello nos hace plantearnos de entrada la grave cuestión del papel que la tradición juega en la construcción de la ciencia. El papel hermenéutico que Thomas Kuhn asigna al paradigma en la “ciencia normal” puede servir de cercano referente.¹⁰

Es imprescindible resolver, en concreto para el caso que nos ocupa, la cuestión de si es posible una hermenéutica sin construir, a base de seguir consolidando nuestra tradición crítica, nuestras propias tradiciones literarias. Sólo mediante el conocimiento de nuestras tradiciones literarias se puede conocer y formular la índole de nuestra literatura. Antes de correr habría que caminar y el camino es constituir pacientemente nuestro acervo de lucidez. Ir recogiendo, a fuerza de leer, los momentos del espíritu en que con creatividad nuestros antepasados, adaptando los principios provenientes de las tradiciones literarias de nuestro universo lingüístico hispánico, los adoptaron insertándolos en nuestra historia literaria convertidos en textos.

Reconocemos en nuestra literatura su vocación a la crítica no sólo porque es hija del barroco o porque aquí haya florecido un movimiento altamente crítico como fue el modernismo, sino porque nuestra historia literaria está brillantemente hecha de rupturas: quien lo dude que lea la literatura de Contemporáneos. También reconocemos que nuestras letras han crecido acicateadas por una constante práctica de una crítica literaria de no bajo nivel. Sólo nos faltaría hacer recuentos, recoger nuestras tradiciones, revisar nuestras instituciones y afinar nuestra capacidad de lectura para alcanzar la estatura de la madurez en nuestra crítica literaria. Llegar, a saber, por el camino de la literatura crítica a la crítica literaria.

¹⁰ Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, quinta reimpresión de la primera edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Alfonso Reyes, en un momento estelar de nuestra tradición, lo intentó. No sólo crea con su *Deslinde* el único intento serio que nuestra tradición literaria ha hecho para conformar una teoría literaria nuestra sino que diseña los rasgos más importantes del papel que debería jugar la crítica literaria en la configuración de nuestra ciencia de la literatura. Reyes tenía una gran vocación a la crítica literaria porque sentía una gran pasión por todo lo relacionado con la literatura y su estudio científico. Nada extraño, entonces, que vislumbre y explique con claridad el camino que conduce a la ciencia literaria. En *Al yunque* publicó su ensayo titulado "génesis de la crítica" en el que se refiere, desde luego, a la crítica literaria que se atiene a la tesis siguiente: aunque creación, la crítica tiene una función condicionada por la textualidad a la que se refiere; en el caso de la literatura "puede haber literatura sin crítica, nunca crítica sin literatura".¹¹ Sin embargo, podrá decir en *La crítica en la edad ateniense* refiriéndose a la ciencia de lo literario:

esta ciencia es resultado, por una parte, de la acumulación de obras y críticas en el curso del tiempo, acumulación que facilita generalizaciones y enseñanzas; y, por otra parte, es resultado de la inserción del espíritu científico, tan desarrollado en el último par de siglos, sobre el cuerpo de los estudios literarios".¹²

A decir de Alfonso Rangel Guerra en su libro *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*:

cuando Alfonso Reyes se ocupó de estudiar el fenómeno literario y comenzó a escribir sus conferencias para la Universidad de Morelia, estaba consciente de que su objetivo era el estudio teórico de la literatura. No se trataba de hacer crítica o historia literaria, sino un análisis destinado a descubrir la esencia de lo que en distintas épocas, países o lugares, escrito en distintas lenguas, de acuerdo con diversos géneros y concebido bajo la función lírica, épica o dramática, se denomina genéricamente "literatura". Alfonso Reyes se refirió a este trabajo como "ciencia de la literatura" y se puso a la tarea.¹³

¹¹ *Obras completas*, tomo XV, pp. 288 y sigs.

¹² *Obras completas*, tomo XIII, p. 18.

¹³ México, El Colegio de México, 1989, p. 283.

Ya en la teoría literaria de Alfonso Reyes desempeñaba la crítica el papel de piedra angular que, como hemos señalado, hoy tiene. Por otra parte, la crítica literaria practicada y propuesta por el regiomontano es una crítica literaria avanzada. Si bien plantea cuatro niveles en la crítica que van de menos a más y que se identifican según los diversos métodos con que se aborde el texto literario, Reyes identifica toda crítica como un acto de lectura. Según Rangel Guerra, para Alfonso Reyes.

El crítico es un lector que ordena e identifica los elementos integrantes de la obra literaria, reflexiona sobre su composición y estructura, interpreta su sentido mediante la lectura, encuentra la significación del producto literario y llega a su valoración. Puede además emitir una opinión sustentada en el placer o en el disgusto que le causa la obra, y con todo ésto, proponer su apreciación literaria. De la lectura se desprende la crítica, que puede ser resultado sólo de la impresión primera o llegar hasta el juicio crítico sustentado en el acervo cultural del lector, su experiencia literaria y su conocimiento de épocas, escuelas, tendencias o corrientes [...] los diferentes métodos utilizados en la crítica pueden identificarse como métodos del buen leer.¹⁴

Que la concepción de Reyes sobre el fenómeno literario fue pionera no sólo entre nosotros sino en el concierto de la teoría literaria de occidente, lo confirman dos hechos entre muchos otros. El primero de ellos lo constituye la corriente llamada *Nouvelle critique*,¹⁵ aparecida en Francia en la década de los sesenta en el seno del grupo de escritores reunidos en torno a Roland Barthes y a la revista *Tel Quel*, conocidos como formalismo francés. Allí se planteará, mucho después de Reyes, la existencia de dos maneras de entender la crítica literaria: tradicionalista, la primera, que se concebía a sí misma como dotada de la misión de juzgar la literatura "conforme a los intereses de los jueces". De la segunda crítica en cambio, *la nouvelle critique* misma, diría Barthes: "la verdadera

¹⁴ *Op. cit.* p. 289.

¹⁵ Véase nuestro libro *En pos del signo. Introducción a la semiótica*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1995, pp. 205 y ss. Véase, igualmente, Philippe Forest, *Histoire de Tel Quel 1960-1982*, París, Éditions du Seuil, 1995; Louis-Jean Calvet, *Roland Barthes. Biografía*, Barcelona, Gedisa, 1992.

'crítica' de las instituciones y de los lenguajes no consiste en 'juzgarlos', sino en *distinguirlos*, en *separarlos*, en *desdoblarlos*. Para ser subversiva, la crítica no necesita juzgar: le basta hablar del lenguaje, en vez de servirse de él".¹⁶ La crítica, pues, no es sino lectura.

El segundo hecho que muestra hasta donde la teoría literaria de Reyes es pionera lo constituye el hecho de haber aparecido antes que la célebre formulación, hoy clásica, de Wellek y Warren. En efecto, fue en los años cincuenta cuando la ciencia de la literatura, cuatro años después de la publicación de *El deslinde*, aparecido en 1948, la fecha en que René Wellek y Austin Warren, en su célebre y hoy clásico libro *Theory of literature*¹⁷ establecieron una distinción en la ciencia de la literatura que se incorporaría, a partir de entonces, a la tradición literaria occidental. Propusieron, a saber, que en los estudios literarios se separara la teoría, la crítica y la historia literarias como tres actividades diferentes, aunque íntimamente relacionadas entre sí, de la ciencia literaria.¹⁸ Supuesta, pues, una tradición literaria, la ciencia de la literatura se sustenta y crece mediante la práctica de esos tres tipos de acercamientos. Lo primero, en orden tanto lógico como cronológico para constituirla, sería partir de la crítica e historia literarias para llegar a establecer sobre ellas la teoría literaria subyacente.

Ese es el camino recorrido, por otra parte, por el mismo René Wellek en sus cinco volúmenes de la *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*. Por consiguiente, a la hora de buscar caminos sin abandonar las viejas tradiciones europeas y sin renunciar a nuestro pasado integral, nuestro futuro hermenéutico, nuestra tradición, está en nuestra propia literatura. Han sido muchos, por lo demás, entre nuestros escritores que han andado ya este camino: ese es, en efecto, el camino recorrido por el humanista zamorano Alfonso Méndez Plancarte al estudiar la obra literaria de Sor Juana Inés de la Cruz y la de los "poetas novohispanos". Esa es también la vía trazada por Ángel Rama en su libro póstumo *La ciudad*

¹⁶ *Crítica y verdad*, Buenos Aires/México/Madrid, Siglo XXI, 1972.

¹⁷ Aparecido en español en 1959, en la traducción José Ma. Gimeno, con el nombre de *Teoría literaria* bajo el pie de imprenta de la prestigiada editorial madrileña Gredos.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 48 y ss.

letrada:¹⁹ hacer inventarios sucesivamente de nuestras letras, de nuestra escritura, de nuestra historia, de nuestra recepción de lo literario a fin de construir, a partir de ellas nuestra teoría de la literatura. Que la crítica es la piedra de toque para construir nuestra tradición, parece hoy una verdad de Pero Grullo. Octavio Paz, en su discurso de ingreso a El Colegio Nacional, decía en 1967 con razón que

el espíritu crítico es la gran conquista de la edad moderna. Nuestra civilización se ha fundado precisamente sobre la noción de crítica: nada hay sagrado o intocable para el pensamiento excepto la libertad de pensar. Un pensamiento que renuncia a la crítica, especialmente a la crítica de sí mismo, no es pensamiento. Sin crítica, es decir, sin rigor y sin experimentación, no hay ciencia; sin ella tampoco hay arte y literatura. Inclusive diría que sin ella no hay sociedad sana. En nuestro tiempo creación y crítica son una y la misma cosa [...] El escritor es el servidor del lenguaje. Pero lo sirve realmente sólo cuando lo pone en entredicho: la literatura moderna es ante todo y sobre todo crítica del lenguaje [...] ²⁰

En una crítica con esas características descansa, pues, el futuro de nuestras humanidades. Que no yacemos en la inopia absoluta lo confirman los botones de muestra mencionados. En todo caso, el camino por ellos trazado exige un trabajo que apenas si se ha hecho. Por consiguiente, ni estamos en la miseria absoluta, ni parece que estemos en vías de retomar la senda correcta a no ser por las incursiones que hoy se realizan a varios de los capítulos más importantes de nuestra historia literaria.²¹

¹⁹ Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984.

²⁰ Citado por Hugo J. Verani, en Octavio Paz, *Pasión crítica*, Barcelona, Seix Barral, p. 7. Sobre otros de nuestros caudales de nuestra crítica véase "la crítica literaria como conciencia", apartado IV de nuestro libro *Lenguaje y tradición en México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1989. Antonio Alatorre se suscribe a la postura de Reyes y de Barthes sobre la índole tanto de la crítica literaria como del crítico tanto en un artículo publicado en 1955 en el número 2 de la *Revista mexicana de literatura* (pp. 156-163), como en otro artículo publicado en 1973 en la *Revista de la Universidad de México* (Vol. XXVII, mayo de 1973) bajo el título "¿Qué es la crítica literaria?".

²¹ El grupo Contemporáneos ha llamado la atención en los últimos años. Rafael Olea Franco y Anthony Stanton han publicado, por ejemplo, un libro fruto de un *Congreso*

LOS TEORÍAS EMANCIPACIONISTAS

Lo anterior parece estar claro en la conciencia de nuestra tradición crítica pequeña o grande que ella sea. Ello no obstante, gracias a la referida esquizofrenia que sufren nuestras humanidades, se intensifican cada vez más las voces emancipacionistas. Este complejo es motivado, en buena medida, por el hecho de que el estallido metodológico-conceptual que ha tenido lugar en Europa y Estados Unidos, principalmente, no sólo no tiene par entre nuestros teóricos y metodólogos del texto, sino que aún no llega a circular en nuestra academia ni siquiera en el grado mínimo de la pura asimilación pasiva. Estas voces emancipacionistas, fincadas, por tanto, en una realidad, hoy se ven robustecidas por una especie de concierto internacional de voces del mismo signo que se dejan oír en los más diversos ámbitos de nuestra cultura contemporánea. Dicho fenómeno se refugia en territorios que llevan, entre otras, etiquetas como "cultura", "filosofía", "humanidades" y cosas así.

Nuestra reflexión sobre las vías que la ciencia de la literatura propone para las emancipaciones tiene que ver, en efecto, con un fenómeno de actualidad que no sólo empalma con este asunto sino que lo ha alimentado intensamente en los últimos años. Dicho fenómeno forma parte de un gran movimiento más complejo, más amplio y ya un tanto viejo, que, sin embargo, parece signo de nuestro tiempo en la medida en que parece haber invadido aquella región del mundo de *Internet* hecha de libros, cursos, universidades, páginas de discusión o bibliotecas y que está destinada a la ciencia.

A lomos de un comercialismo galopante, nuestro país ha ingresado recientemente a esos universos: ello ha modificado, en una medida en que aún no sabemos, el espectro de la comunicación científica y los límites de las comunidades académicas. Me refiero a las modas de la posmodernidad, señaladamente al poscolonialismo que, como las otras modas "post" del siglo xx, postula la emancipación con más ánimo que

Internacional Los Contemporáneos. Homenaje a Jaime Torres Bodet celebrado en 1992 en El Colegio de México (México, 1994). A ello hay que agregar investigaciones muy puntuales como las que realiza Pedro Ángel Palou sobre el mismo grupo Contemporáneos y de la que han empezado a aparecer los primeros frutos.

propuestas válidas. El espectro de estas modas "post" enlista etiquetas como "sociedad postindustrial", "posmodernidad", "poscolonialismo", "postestructuralismo" a las que hay que agregar el concepto afín de "deconstrucción". Se trata de la propuesta de una cultura "post" bajo las siglas significativas de la "posmodernidad", que funciona como el denominador genérico, y una serie de denominadores específicos como "postestructuralismo" o "poscolonialismo" que curiosamente se hermanan en el gafete de que son portadores ambos: "teoría literaria contemporánea". No es el propósito de este ensayo hacer una reseña crítica de estos aún vigorosos movimientos cuyo punto de arranque más conocido es *The Coming of the Post-Industrial Society* de Daniel Bell, aparecido en 1973. Si los mencionamos aquí es sólo por su obvia relación con el problema de los caminos de la descolonización en las ciencias del texto, que nos ocupa.

Para llegar por lo menos a los linderos del qué de estos movimientos, tomemos como ejemplo el postestructuralismo aunque sea por el sólo hecho de estar estrechamente relacionado al asunto que aquí nos ocupa. No es ni una escuela a pesar de estar dotado de una serie de postulados derivados de maneras de comprender la realidad compartidas por sus adeptos. Tampoco es una teoría, aunque asuma posturas teóricas que profesan el carácter tentativo, escurridizo, ambiguo y complejo de las relaciones entre los textos y las significaciones: las posturas postestructuralistas a que se adscriben teorías y escuelas como la deconstruccionista o la de quienes profesan el poscolonialismo literario, giran en torno a la textualidad y profesan como dogma de fe una lectura absolutamente abierta.

De allí el nombre de postestructuralismo que tiene como postulados más importantes: el rechazo de conceptos totalizadores, esencialistas o fundacionistas. El postestructuralismo asume que la realidad es mucho más fragmentada, diversa, tenue y específica desde el punto de vista cultural que el estructuralismo; objeta la unidad del sujeto que, por tanto, no es asumido como una entidad esencialista sino como la suma de las diferentes posiciones, exclusiones, conexiones y prórrogas tanto del discurso como del lenguaje. El postestructuralismo sustenta posturas como: la sensación de que vivimos en un universo de tipo lingüístico; la convicción de que toda significación es de índole textual e intertextual

y de que, por tanto, no existe "salvación" fuera del texto, como gustaba decir Greimas; la sensación, en fin, de que los textos están afectados de un sobrante de significación y de que sólo existen en cuanto lectura, y cosas así.²²

El hecho constatable de que todas estas modas confluyan, de una manera o de otra, en el amplio territorio de las humanidades, nos permite reflexionar sobre la consistencia, índole, magnitud y significado del fenómeno "post" a la par que nos sirve muy bien para documentar varios importantes procesos que tienen que ver con las tradiciones: cuánto pesa la tradición tanto en los procesos estructurados en torno a ella y cuál es su importancia en los procesos, como es el caso, estructurados frente a ella; cómo funcionan las tradiciones y, finalmente, cuáles son los papeles que desempeñan en la conformación y funcionamiento de las culturas. En suma, estudiar este tipo de fenómenos "post" equivale a superar la concepción que ve en la tradición un simple y frío instrumento de análisis de las culturas para mostrar en ámbitos tan laicos, como las humanidades o la ciencia, cuán sólido y versátil es el papel de la tradición como estructurante de los cambios culturales y como referente hermenéutico suyo. Hacerlo equivale, como hemos señalado, a explorar las vías válidas hacia unas ciencias de lo literario emancipadas.

Así, pues, parece signo del tiempo presente un creciente afán revisionista y refundacional que tiene, sin embargo, muchos signos de parentesco con una especie de anarquismo hermenéutico. No sólo la bibliografía, llamémosle "tradicional", sino desde luego esa inmensa masa bibliográfica que circula por lo que en el argot creado en *Internet* suele llamarse el "cibespacio", ponen de manifiesto el afán epistemológico por revisarlo todo en un campo de las humanidades cada vez más expandido. Abundan las expresiones, propuestas de análisis, herramienta, terminología, campos de reflexión, extensas bibliografías, círculos de discusión o espacios informativos, que se aglutinan en torno a etiquetas abstractas del tipo "post". La mayor parte de estos movimientos, tienen ya mucho tiempo de haber incursionado en los santuarios de lo

²² Puede verse el artículo de John Lye "Some Post-Structural Assumptions", en *ENGL 4F70, Contemporary Literary Theory*, Brock University, 1996 en <http://www.brocku.ca/english/courses/4F70/poststruct.html>.

que podríamos llamar ya filosofía de la ciencia, ya filosofía a secas, y que encontramos merodeando, como hemos dicho, a la vieja etiqueta de las humanidades.

Todos esos "postterritorios" parecen coincidir en la pretensión de llevar a cabo una profunda revisión de los conceptos, categorías y las bases sobre las que se asienta no sólo nuestra cultura sino, sobre todo, nuestra comprensión de la realidad misma. Estos planteamientos coinciden con las arriba señaladas voces libertarias en las ciencias latinoamericanas de lo literario y, en general, del texto. La referida utopía de la recreación del mundo pretendida por estas "postdisciplinas" afecta a casilleros epistemológicos tan dispares como viejos. Se figuran estos teóricos "post" colocarse a salvo de las contaminaciones teórico-conceptuales de la ciencia "tradicional" y revisar uno a uno sus postulados para, en una mentalidad francamente experimentalista, ver cómo se ve una ciencia construida desde otros presupuestos. O bien acuciados por el hastío, parecería como si llevaran a cabo un experimento lúdico de tipo hermenéutico en el que las oposiciones binarias que justifican una lógica, la lógica de la cultura vigente, son intercambiadas para reorganizarlo todo según la nueva lógica.

En todos los casos, se trata, fundamentalmente, de un sistema de conceptos cuyo referente fijo es el concepto de modernidad asumido por los esquemas "post" como agotado. Las tesis de la modernidad que estos esquemas consideran superadas son formulables en postulados del tipo de: la historia humana es lineal y se desliza de un menos a un más por lo que hace a una liberación del ser humano tanto individual como social; la sociedad marcha hacia un progreso constante y sin fin, hacia una libertad cada vez más plena y perfecta, hacia un estado de soberanía perfecta y de justa igualdad; el hombre moderno, por ser el protagonista de su propia historia y estar liberado de los diferentes tipos de prejuicios culturales, es el sujeto de la enunciación racional de la verdad que es susceptible de percibir en forma transparente y objetiva a partir de la realidad. Este sería el credo de la modernidad que los movimientos "post" consideran superado y decadente. La ideología subyacente a la modernidad parte de un optimismo con respecto a las capacidades del ser humano, a su capacidad cognitiva y, desde luego, hacia la índole universal e integral del conocimiento humano.

La narratividad subyacente a la modernidad es asumida no sólo como una historia sino como algo realmente verdadero. La filosofía de la historia que está a la base del proyecto de la modernidad es, por tanto, una filosofía de la historia de corte darwinista que imagina el devenir histórico de la humanidad proyectado siempre hacia un "adelante" progresivamente superior a los tiempos a los que van quedando "atrás", de modo tal que el futuro será siempre mejor que el presente y éste mejor que el pasado. Una filosofía de la historia en las antípodas, desde luego, de la concepción dominante en muchos tradicionalismos según la cual, como dice el poeta Jorge Manrique en las célebres coplas a la muerte de su padre, "cualquiera tiempo pasado fue mejor". Surgido en plena ilustración, el credo de la modernidad responde a un universo de representaciones cuyo centro es la razón que había ocupado desde el siglo anterior el centro del paradigma cultural. La representación resultante es, entonces, la misma que la de la cosmogonía bíblica del libro del Génesis que presenta a Dios poniendo orden en el caos.

La matriz dominante en la ideología de la modernidad presenta, en efecto, a la razón humana, en medio del caos de la cultura premoderna, reordenándolo y refundándolo todo: desde los elementos que configuran una cultura como valores, saberes y certezas, hasta los patrones de acción, de análisis, de crítica, de utopía, de la ciencia y del conocimiento, de comprensión de la realidad, de todo. En vez del Dios creador del mundo y de las cosas todas invocado por la cultura occidental judeo-cristiana, se asentó la razón en el trono constituyendo un imperio que, como dice Nicolás Casullo, "situó al sujeto como consciencia plena de los cursos históricos, que pensó el progreso tecnoindustrial como cultura redentora de la humanidad".²³

Por ello, los movimientos "post" a que aquí nos referimos aparecen, a su vez, como una nueva refundación o reordenación de las cosas de la cultura. No debe resultar extraño, entonces, constatar que la avalancha "post" ha incursionado en los más variados territorios de la ciencia contemporánea y, en general, en el vasto universo de la cultura: desde la

²³ Cfr. Nicolás Casullo, *El debate modernidad posmodernidad*, quinta edición, Buenos Aires, Ediciones El cielo por asalto, 1995.

epistemología hasta las filosofías hermenéuticas, de las ciencias del texto hasta las más generales matrices estéticas, de la arquitectura a la teoría literaria, en los más variados territorios del saber que, por lo demás, es concebido en perpetuo crecimiento, a la manera de una gran masa con levadura que siempre e indefinidamente creciera. De manera tal que como se va sucediendo el devenir histórico las lagunas del saber son cada vez más pequeñas. Desde luego, esta filosofía no sólo relaciona con sino que finca el poder en el saber según aquello de que "saber es poder".

LAS MODAS "POST" COMO DECONSTRUCCIÓN

La posmodernidad es ante todo ruptura. El revisionismo refundacionista de los movimientos "post" parece, por lo demás, suscribirse a una concepción que asume la cultura como una obra absolutamente abierta, para utilizar la expresión de Umberto Eco, en la que no hay, por tanto, ninguna restricción hermenéutica.²⁴ La cultura, así, con todas sus facetas e implicaciones, aparece como un gran texto que puede ser sometido a tantas descomposiciones o análisis cuantos se quiera, y rearmado, por tanto, de otras tantas maneras: uno de los mejores modelos de los procesos deconstruccionistas es el de un magno texto en posibilidad permanente de ser descompuesto y leído para volvérselo a recomponer en una nueva lengua bajo un nuevo código. Una deconstrucción es análoga a un proceso de traducción y el deconstruccionismo, a un proceso de traducción sin límites. Los movimientos "post" a que nos venimos refiriendo son síntoma, entonces, de un proceso de "sobreinterpretación", para usar de nueva cuenta una expresión de Umberto Eco.²⁵ De allí la cercanía entre estos "post"ulados y los del afán deconstruccionista, también signo del tiempo, que viene siendo, al fin de cuentas, la herramienta metodológica de las modas "post". Es esta cercanía entre ambos mo-

²⁴ Umberto Eco, *Obra abierta*, Barcelona, Seix Barral Hnos., 1979.

²⁵ Umberto Eco, *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

vimientos la que nos permite confirmar el camino, arriba esbozado, hacia una verdadera descolonización en las ciencias del texto.

Como las posmodernidades referidas, la deconstrucción es ante todo una ruptura a la manera de las muchas que la retórica insertó como técnicas del buen hablar. Pueden servir de ejemplo las rupturas documentadas por los variados y numerosos tipos de tropos como las figuras, metáforas o metonimias. En efecto, procesos como los arriba referidos han sido llamados “deconstrucción” o “desconstrucción” según se vierta al español el término francés *déconstruction* puesto a circular por Jacques Derrida. Usado preferentemente como un concepto de análisis que se aplica en literatura, lingüística, filosofía, derecho, arquitectura y, en general, en todas las disciplinas hermenéuticas, la deconstrucción muestra la multiplicidad de niveles y significaciones susceptibles de ser construidas y que se presume funcionan tanto en las realidades culturales como en las realidades a secas.

La desconstrucción es una forma de subversión fundamental de naturaleza textual que se basa en el supuesto de que el lenguaje, todo lenguaje, sin importar su naturaleza ni la substancia que emplea como medio de expresión, es permanentemente creativo. Para dar cuenta operativamente del alcance y significado del término, independientemente de sus usos originales en Derrida, decimos con Patricio Peñalver quien en su “Introducción” al libro de Derrida *La desconstrucción en las fronteras de la filosofía*²⁶ asienta, al definir las “premisas y los contextos de la desconstrucción” que el término se aplica a “los giros, las variaciones, los desplazamientos de interés temático, las transferencias, las traducciones, incluso abusivas (y Derrida dice que ‘una buena traducción debe ser abusiva’):

La desconstrucción irrumpe en un pensamiento de la escritura, como una escritura de la escritura, que por lo tanto obliga a otra lectura: no ya imantada a la comprensión hermenéutica del sentido que quiere-decir un discurso, sino atenta a la cara oculta de éste –y en el límite, a su fondo de ilegibilidad y de deseo de idioma–, a las fuerzas no intencionales inscritas en los

²⁶ Barcelona/México/Buenos Aires, Paidós, 1996, p. 15.

sistemas significantes de un discurso que hacen de este propiamente un "texto", es decir, algo que por su propia naturaleza o por su propia ley se resiste a ser comprendido como expresión de un sentido, o que más bien "expone" éste como un efecto –y con su legalidad y necesidad específica– de una ilusión para la conciencia.²⁷

La escuela deconstructivista que prevalece es la norteamericana inspirada por Derrida y desarrollada por sus alumnos norteamericanos, sobre todo Jonathan Culler,²⁸ según la cual toda deconstrucción comprende cinco operaciones, a saber: primeramente, descubrir la oposición que domina el texto que se analiza sea éste verbal o no y el término o elemento clave que la refiere; en segundo lugar, poner de manifiesto las suposiciones ideológicas que subyacen a tal oposición; en tercer lugar, poner en evidencia en qué medida la oposición que preside todo el texto en cuestión es contradicha en él; en cuarto lugar, invertir la oposición de manera que el término no privilegiado en ella sea ahora el término dominante; finalmente, desplazar la oposición y organizar de nuevo el campo a partir del nuevo referente.²⁹

Quizás la mejor imagen de lo que por deconstrucción suele entenderse la ofrezca el viejo proceso de la traducción, ya recordado. Como se sabe, el proceso de traducción consta de dos fases. Semasiológica se suele llamar a la primera, y onomasiológica, a la segunda. Mientras que en la fase semasiológica, el traductor hace las veces de lector en cuanto descompone y analiza el texto a traducir estableciendo con precisión no sólo cada uno de los componentes semánticos y su relación con los demás, sino las diferentes estructuras semióticas que lo conforman en el sistema lingüístico de entrada estableciendo la significación global del conjunto; en la fase onomasiológica el traductor haciendo las veces de hablante reconstruye el texto descompuesto en la fase anterior según los

²⁷ *Op. cit.*, pp. 15 y ss.

²⁸ Puede verse su libro *On Deconstruction. Theory and criticism after Structuralism*, Ithaca/New York, Cornell University Press, 1982.

²⁹ Véase el artículo "Deconstrucción" escrito Sorin Alexandrescu, en A. J. Greimas/J. Courtés, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, versión española de Enrique Ballón Aguirre, tomo II, Madrid, Gredos, 1991, *ad loc.*

postulados tanto sintácticos, como léxicos y aún semánticos de la lengua B de manera tal que el conjunto resultante ofrezca al nuevo lector la misma significación que ofrecía el texto en la lengua A.

La pretensión de refundar las cosas no es, en efecto, nueva. Muchos de los procesos lúdicos ejercitados sobre todo en el contexto de lo festivo ya se habían interesado en, volviéndolo todo al revés, reconstruir el mundo de otra manera, sobre bases no sólo diversas de las vigentes, sino opuestas a ellas. Es otra cara del fenómeno señalado por José Antonio Maravall en su libro *Antiguos y modernos*,³⁰ cuando habla "de la fascinación que lo nuevo ha producido siempre en la cultura" al ritmo de la máxima latina *omnia nova placet* que se lee, a guisa de inscripción, en la iglesia del convento de san Marcos en León, España.³¹

Vistas desde otra perspectiva, estas pretensiones refundacionistas, tienen la apariencia de que las maneras de estructurar una cultura en torno a unas categorías u otras, en torno a unos valores u otros, es un nuevo ejercicio hermenéutico que parte del presupuesto, ya parcialmente asumido por la vieja dialéctica, de una especie de polisemia indefinida y de una indeterminación inicial de las realidades, no sólo culturales sino de toda suerte y facetas, que permite varias interpretaciones de ellas en la medida que permite varias maneras de asumirlas y de organizarlas.

Una deconstrucción, en efecto, no es otra cosa que cambiar de polo de referencia en la organización de las realidades de la cultura: es, hasta cierto punto, un ejercicio hermenéutico. Es legítimo, pues, el principio en que se basan estas corrientes teóricas que, desde luego, han recibido nuevos bríos tras el auge adquirido por la semiótica de la cultura, tanto la de la escuela de Tartu como la desarrollada por los semiotistas alemanes o por los antropólogos norteamericanos. Todo ello no sólo convierte a la filosofía hermenéutica en la filosofía a secas del tiempo presente sino en una especie de superciencia que se ocupa de estar al pendiente de las fatigas de los modelos vigentes para darle vuelta a la cara de la interpretación vigente y organizarlo todo en función de la nueva cara.

³⁰ Madrid, Alianza Editorial, 1986, primera parte.

³¹ José Antonio Maravall, *op. cit.*, p. 32.

Esto equivale, en último término, a una remetaforización permanente de la cultura en la medida no sólo de que con el cambio de los paradigmas cambian las metáforas de una cultura sino también en la medida que la metáfora es uno de los modelos más viejos de la deconstrucción en el seno del discurso mismo. En efecto, Roland Barthes, en su libro *El placer del texto*,³² establece un paradigma que puede servir de referencia para estudiar los fenómenos a que aquí nos referimos: el modelo del erotismo. Es en la intermitencia en donde se encuentra el placer, en el descubrir por partes: el placer de la subversión siempre se encuentra en el hecho mismo de que se trata de una subversión: cuando la subversión deja de serlo para banalizarse convirtiéndose en algo cotidiano, entonces deja de ser subversión y pierde su fascinación según aquello de San Agustín: *consuetu vilescunt* (las cosas consuetudinarias se degradan). Por eso una revolución institucionalizada es un contrasentido.

Lo anterior indica que todo acto subversivo requiere, para serlo, de un punto de referencia aún dominante con respecto al cual aquel sea una ruptura. Ni el desnudo absoluto es erótico ni la destrucción total de una cultura tiene encanto para el destructor a no ser que permanezca de alguna manera en el trasfondo la cultura rota. Como dice Barthes: "ni la cultura ni su destrucción son eróticos, es la fisura entre una y otra la que se vuelve erótica".³³ Lo mismo sucede con la metáfora, una de las muchas y muy diversas subversiones que se dan en el hablar y, como decía, la más apropiada para percibir la creación de nuevos sentidos en los procesos deconstruccionistas, según veremos más adelante. Esto equivale a decir que ante la perspectiva de una ruptura absoluta y una interpretación sin límites que propusiera una hermenéutica infinita como paradigma epistemológico por antonomasia, perderían su razón de ser las rupturas tanto de la modernidad como las de las modas "post". Por consiguiente, es el carácter deconstruccionista de las modas "post" su mejor dique de contención. Ello es así en la medida que los límites de toda deconstrucción son de tipo dialéctico y, por tanto, de dos caras: la subversión del orden establecido, por una parte, y la cultura dominante como referente permanente de esa subversión por otra.

³² Buenos Aires, Siglo XXI Argentina Editores, 1974.

³³ *Op. cit.*, p. 13.

Barthes encuentra en Flaubert “una manera de cortar, de agujerear el discurso sin volverlo insensato”.³⁴ La subversión, en efecto, propugnada por las modas “post” siempre tiene como referente hermenéutico la tradición cultural dominante, la lengua frente a la cual un determinado giro verbal es una ruptura. Hay, por consiguiente, un vínculo permanente y necesario entre los movimientos subversivos “post” y la cultura tradicional. Siempre las rupturas refundacionales tienen, en efecto, un “más acá” al que se refieren y a partir del cual no sólo operan sino que adquieren todo su sentido. En ello estriba la principal contradicción de estas subversiones culturales.³⁵

Ello nos sugiere un punto de arranque para la evaluación y desde la hipótesis que este ensayo se propone: las aquí denominadas modas “post” independientemente de los territorios y áreas del saber a donde lleguen, tienen la estructura de una hermenéutica cuyo mejor campo de análisis es el lenguaje, no sólo porque es el lenguaje el que aglutina sus postulados sino porque, de hecho, es en las ciencias del texto en donde se concentra la mayor parte de sus ensayos deconstruccionistas: como hemos señalado arriba, tanto la deconstrucción como algunas de las modas “post”, cual los postestructuralismos y poscolonialismos, han desembocado o de alguna manera recaído en territorios hoy ocupados por la teoría literaria. Por tanto, las reflexiones aquí esbozadas y las conclusiones que de ellas se puedan ir derivando tienen validez no sólo para plantear correctamente el problema del colonialismo en las ciencias de lo literario a que arriba nos referíamos, sino para, de pasada, diseñar una hermenéutica de las modas “post”.

LAS FUNCIONES HERMENÉUTICAS DE LA TRADICIÓN

Como hemos señalado arriba, todo esquema científico funciona con un esquema tradicionalista y toda ruptura, en el ámbito de la cultura, del paradigma vigente sólo es tal en la medida que tiene como punto de referencia un estrato estable que sirve de *continuum* y que permite apre-

³⁴ *Op. cit.* p. 16.

³⁵ Véase Roland Barthes, *op. cit.*, *Ibid.*

ciar la ruptura como tal. En una hermenéutica estructuralista de cualquier realidad todo elemento de un sistema adquiere su validez por las relaciones contraídas con todos los demás elementos que constituyen el sistema en cuestión. El referente que todas esas operaciones requieren para poder significar es llamado "tradición". Este tradicionalismo fundamental de la cultura nos hace preguntarnos, ante el fenómeno de las emancipaciones "post", ¿en dónde se ubica el sujeto de la nueva enunciación, la enunciación "post"? ¿Con qué herramienta y categorías que no estén contaminadas de los mismos males del "colonialismo" eurocentrista, por ejemplo, harán sus análisis y propuestas refundacionales?

En realidad todas las modas "post", por las razones ya dichas, siguen manteniendo los mismos parámetros del sistema hermenéutico al cual se enfrentan, sólo que organizados de otra manera. Ello se manifiesta en el vocabulario: al repasar la terminología nueva en las actuales ciencias del texto afectadas del signo de lo "post" uno se encuentra con el más tradicional de los léxicos. La respuesta hay que buscarla en el tradicionalismo fundamental, ya mencionado, de las modas "post": las refundaciones sólo funcionan cuando permanece fijo un referente del paradigma objetado. En último caso, las refundaciones deconstructivistas de las modas post sólo parecen funcionar como ejercicios hermenéuticos. En efecto, el encanto de una ruptura sólo dura mientras la ruptura no se convierte en destrucción. A ese mismo tradicionalismo de lo cultural conduce la actual hermenéutica filosófica: desde el *Wahrheit und Methode* de Hans-Georg Gadamer, la tradición parece formar parte inseparable de cualquier proceso de interpretación. Parece, en efecto, un principio ya adquirido que toda hermenéutica de la cultura en general, y que todo acto hermenéutico, en particular, suponen la tradición como referente inmediato.³⁶

Sobre esta base nos convencemos de que, por tanto, las refundaciones deconstructivistas de las modas "post" no equivalen a una reconstrucción luego de un derrumbe total sino a un acto de creatividad en donde se piensa que la realidad y sus significados tienen muchas caras que no se agotan ante un agotado paradigma. Ni hay, pues, derrumbe total, ni son tan radicales estos movimientos. Son, simplemente,

³⁶ *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1977, p. 350.

actos para mantener vivas las tradiciones. En el campo de la cultura no se trata de destrucciones absolutas simplemente porque en la destrucción absoluta ni hay significación, ni hay posibilidad alguna de crear nada. Con ello las revoluciones "post" tienen más la apariencia de revoluciones verbales en donde la violencia parece de índole metafórica: las refundaciones deconstructivistas de las modas "post" equivalen a procesos reales de remetaforización. Ello equivale, al fin de cuentas, a constatar el rango semiótico de la cultura. La Babel en que se ha convertido el léxico de las ciencias del texto a raíz de las referidas modas se convierte, por ello, en la mejor muestra de la existencia de una especie de lenguaje universal, a salvo de vaivenes, que se ha ido formando a lo largo de la historia de la cultura occidental que pone de manifiesto más la hermandad del espíritu humano y de su capacidad por encontrarle siempre sentidos nuevos a todo según aquello de que "el espíritu sopla donde quiere".

LA METÁFORA COMO DECONSTRUCCIÓN

Una metáfora, como se sabe, es una ruptura de tipo semántico; cabe añadir, en efecto, que habrá metáfora en la medida que la asignación semántica que la constituye sea nueva; cuando envejezca o se domestique dejará de ser metáfora y será una simple palabra normal. "En la metáfora, dice Paul Ricoeur, la innovación consiste en la producción de una nueva pertinencia semántica mediante una atribución impertinente".³⁷ Sólo, pues, cuando la atribución semántica es impertinente hay metáfora: cuando la nueva atribución deja de ser impertinente entonces tenemos a una metáfora domesticada, convertida en vocablo común: una metáfora desmetaforizada. Con razón, pues, observa Barthes:

Tal vez haya aquí un medio para evaluar las obras de la modernidad: su valor provendría de su duplicidad, entendiendo por ésto que estas obras poseen siempre dos límites. El límite subversivo puede parecer privilegiado

³⁷ *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, tomo I, México, Siglo XXI, 1995, p. 9.

porque es el de la violencia, pero no es la violencia la que impresiona al placer, la destrucción no le interesa, lo que quiere es el lugar de una pérdida, es la fisura, la ruptura, la deflación, el *fading* que se apodera del sujeto en el centro del goce. La cultura vuelve entonces bajo cualquier forma, pero como límite.³⁸

Nada extraño, entonces, que la deconstrucción subyacente a todos estos movimientos esté caracterizada por un tradicionalismo fundamental expresado en el hecho de que en ellos no sólo permanecen intactas las viejas categorías, sino que ha tenido lugar una constante puesta en circulación de términos en desuso pertenecientes a alguna de las viejas artes: en las humanidades, pues, parecen haberse concentrado las más importantes manifestaciones de la posmodernidad tanto como el sentido de insatisfacción que subyace a todas las poscorrientes. Parecería que hay una especie de universales de la cultura que van emergiendo en momentos en que los parámetros más graves y fundamentales que sustentan a una cultura han perdido su valor metaforizante y se han banalizado. La fuerza y grandeza del espíritu humano, su capacidad semiótica, se aparece entonces dándole la vuelta a la realidad cansada y buscando creativamente nuevas significaciones.

La metáfora no sólo es una ruptura en la denominación tradicional sino que es, a la vez, des-denominación y red denominación: es, sí, dejar de llamar, por alguna razón, al pan, "pan", y al vino, "vino"; pero es, además, buscar una nueva cara, no gastada aún, de la realidad y ponerla a circular aunque sea con un nombre gastado. La metáfora, además, siempre supone la convención lingüística dominante por la que los miembros de una comunidad traducen las propias experiencias al patrimonio común de la experiencia colectiva. Cuando la experiencia personal es diferente de la experiencia colectiva entonces no tiene más remedio que emplear el abuso que es la metáfora: la metáfora, así, se convierte en un poderoso mecanismo para dar cuenta de realidades singulares aún no codificadas en la lengua común. La metáfora, pues, es una ruptura no sólo permitida sino necesaria para que la lengua no se convierta en una cárcel.

³⁸ *Op. cit.* p. 14.

La metáfora es, en fin, un mecanismo permanente de rejuvenecimiento de la lengua. Como decía don Dámaso Alonso, la metáfora es una "palabra que designa los elementos irreales de la imagen, cuando los reales quedan tácitos".³⁹ La metáfora parece funcionar como proceso de razonamiento: cabalga, como él, a lomos de un término medio que sirve de nexo entre los dos términos extremos de la metáfora. La metáfora es, por tanto, el resultado de una negociación entre dos extremos: ni A, ni B, sino C, en que C es una sema común a A y a B en que C es el punto de semejanza entre ambas. Según A. Henry en su libro *Métonimie et métaphore*,⁴⁰

en la metáfora el intelecto solapa los campos semánticos de dos términos que pertenecen a campos asociativos distintos (e incluso en muchas ocasiones bastante alejados uno del otro), finge ignorar que hay un sólo rasgo común (rara vez hay más), y efectúa la sustitución de los términos.

No sin razón, los procesos de deconstrucción, a que aquí nos hemos referido, pueden ser catalogados con Jacques Derrida como "la retirada de la metáfora".⁴¹

A GUIA DE EPÍLOGO

El tradicionalismo referencial que, según hemos evidenciado, subyace a las modas fundacionales y el hecho de que todos estos movimientos pomodernos parezcan aglutinarse en torno a la categoría de "teoría literaria" nos confirma la vía formulada en nuestra tradición crítica para lograr una verdadera emancipación en las ciencias del texto. Todo lo anterior indicaría que la vía a las genuinas descolonizaciones no consiste en la renuncia total a la tradición y a las tradiciones al grito de "borrón y cuenta nueva", sino en formar concienzudamente nuestras propias tradiciones de lo textual.

³⁹ Citado por Fernando Lázaro Carreter, *Diccionario de Términos filológicos*, quinta reimpresión de la tercera edición corregida, Madrid, Gredos, 1981, *ad locum*.

⁴⁰ París, Klincksieck, 1971.

⁴¹ "La retirada de la metáfora", en: *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*, op. cit. p. 35.

Bordar sobre las conclusiones originales a que ha llegado nuestra crítica literaria, en sus momentos de clarividencia, sin necesidad de abandonar las raíces europeas de nuestras ciencias literarias y construir con ello la herramienta de nuestra teoría, he allí el camino de nuestra descolonización. Ello significaría seguir reconociendo los caudales de nuestra historia y, con profundo tradicionalismo, cultivar nuestros espacios y edificar sobre ellos con paciencia, sagacidad y sensibilidad endógenas, el casillero de una teoría literaria nuestra sobre la que se puedan fundar los caminos del futuro de nuestras ciencias del texto. Pues, como lo hemos visto, aún los procesos deconstruccionistas de las disciplinas "post" son profundamente respetuosos de los caudales tradicionalistas que conforman las culturas. Las humanidades de hoy, nuestras humanidades, no sólo han ensanchado sus horizontes y se han enriquecido con contribuciones provenientes de los variados rincones del espíritu humano, sino que han mantenido una etiqueta que siempre las ha honrado: la vocación a la crítica y a la subversión, a crear espacios más convenientes para que el hombre pueda vivir y desarrollarse como tal.

No debe extrañar entonces que, pese a su mencionado tradicionalismo, las humanidades que subyacen a las ciencias "post" también se presenten bajo el viejo signo de la subversión creativa que postula el desarrollo y explotación de lo humano en toda su potencialidad, en un acto de invitación permanente a la hermenéutica. Si como lo hemos señalado, toda deconstrucción es un obra hermenéutica de creación que parte del supuesto de que la realidad tiene muchas caras y que, en todo caso, las culturas son montajes en donde se adopta sólo una de las múltiples posibilidades hermenéuticas de la realidad, aún determinable desde muchas otras perspectivas, con mayor razón tiene todas esas características la deconstrucción humanística siempre abierta a los soplos del espíritu y apegada al mismo tiempo a las fuentes ricas de la propia tradición. Quizás, pues, antes de descolonizar hay que, sin perder horizontes ni relaciones significativas, desbrozar el campo y roturarlo de nuevo al grito de "zapatero a tus zapatos". Quizás fuera bueno otra vez, en un acto de deconstrucción retrospectiva, no necesariamente volver a llamar "pan" al pan "pan" y "vino" al vino, aunque sí no olvidar que alguna vez al pan se le llamó "pan" y al vino, "vino".

Vistas las humanidades de hoy con una mirada panorámica, encon-

tramos un fértil y creativo territorio muy evolucionado y maduro a fuerza de confrontarse permanentemente con el pragmatismo tecnológico. Los roces permanentes con los a veces tercos sacerdotes de las llamadas "ciencias duras", por una parte, y la proliferación de un buen acervo epistemológico surgido en torno a las lingüísticas, por otra, han robustecido a las humanidades tanto teórica como metodológicamente. Pero también las han puesto en peligro inminente de perder su identidad. Ello hace más urgente el rescate de nuestras tradiciones humanísticas: lo es hoy que las humanidades han visto sumarse al viejo prestigio que siempre ha cargado sobre sus espaldas la literatura, un nuevo prestigio procedente de las lenguas y lo con ellas como los lenguajes artificiales y la semiótica, le gusta hurgar en las entrañas de los mecanismos productores de la significación.

Lo es, también, porque estamos inmersos en una época que aprecia tanto el arte de la persuasión y que se interesa profunda y vivamente por todas las técnicas que incidan en las conductas de los individuos a quienes nuestra cultura ve cada vez más absolutamente como clientes, sean políticos o comerciales, o ambos. Lo es, en la medida que los más diversos reductos del poder necesitan cada vez más de las técnicas tanto de la significación como de la persuasión al alcance de las humanidades.

En una mirada de conjunto de las humanidades "post", sigue prevaleciendo la impresión de un robusto territorio, profundamente comprometido con la más noble tradición humanística que no hay que diluir entre tanto compromiso como las modas "post" parecen querer cargar sobre las humanidades. Hoy el campo de las humanidades, las nuevas ciencias del texto, se ven cada vez más como una poderosa y robusta familia en la que conviven ciencias nuevas y viejas en una hermandad tal que intuiciones sembradas en territorios remotos en el espacio o en el tiempo, germinan con el tiempo y se desarrollan hasta convertirse en fuerte tronco de nuevas disciplinas. Hoy esta vasta familia se parece mucho a un ambiente que se respira.

En efecto, parece distintivo de las nuevas humanidades el hecho de que semillas arrojadas en otros campos y en otros tiempos son traídas por el viento, el espíritu según la cultura judeo-cristiana, y hoy dan frutos. De ejemplo puede servir el que uno de los padres fundadores de la

teoría de la recepción, J. R. Jauss, se haya servido en la década de los sesenta, en su célebre lección inaugural en la Universidad de Constanza, en gran medida del concepto de "horizonte de espera" formulado por Mukarovsky en el contexto y a la sombra del Círculo Lingüístico de Praga en la década de los treinta. Intuiciones de la literatura comparada alimentarán tanto a la sociología de la literatura como a la sociocrítica. Y así sucesivamente.

Por las razones esbozadas, las humanidades de hoy tienen entre nosotros el carácter, en la mayor parte de sus territorios, de filiales europeas: la tradición europea en nuestras humanidades sigue prevaleciendo. Empero, el afán deconstructivista de las humanidades "post" parece haber encontrado el camino para construir su propia tradición sin renegar de su rico pasado y sin renunciar a las sugerentes invitaciones de los tiempos que corren. Quizás algún día, lejano o no, puedan verse enriquecidas con otras ramas de la tradición que, de cualquier modo, no les serán del todo extrañas; y sobre ellas encuentren todos los caminos que conducen a sus otras fuentes y puedan abreviar en ellos. El futuro que podemos augurar a unas ciencias del texto mexicanas se vislumbra, entonces como una magna obra de construcción, de recolección paciente e inteligente de nuestra historia literaria, hecha a base de una crítica no dogmatista sino semasiológica, llevada a cabo según los cánones de una buena y atenta lectura. Una historia literaria hecha también a fuerza de hurgar por los terrenos en donde suele cultivarse entre nosotros la literatura que pueden no coincidir con los de las literaturas oficiales. Y allí, desenterrar a nuestros escritores y a nuestras escrituras proletarios para incorporarlos, cómo no, a nuestra tradición.

